



El escritor argentino Pedro Mairal

XAVIER MARTÍN

«Escribo con los cinco sentidos»

El argentino Pedro Mairal regresa a la novela con «La uruguaya», la historia de un desencanto, amoroso y personal, protagonizada por un cuarentón fracasado e insatisfecho

JAIME G. MORA

Lucas Pereyra es un escritor argentino y cuarentón que no termina de triunfar y cuyo matrimonio se agota. Solo le ilusiona un viaje al vecino Uruguay, donde pretende cobrar los adelantos por unos libros. Allí le espera Guerra, una joven de «sonrisa atorrante, torcida y cómplice» con quien tiene una aventura. Guerra es *La uruguaya* (Libros del Asteroide), el nuevo título de Pedro Mairal, que regresa a la novela siete años después de *Salvatierra*. Pero nada ocurrirá como Pereyra desea.

La novela es la historia de un desencanto, amoroso y personal, narrada por la ágil pluma de Mairal, también argentino (Buenos Aires) y cuarentón (1970), que despliega todos los recursos que empezó a

mostrar con 28 años, cuando ganó el premio Clarín.

¿Cómo vivió aquello?

Fue una exposición enorme, era el premio del diario de mayor circulación. Con 28 años, crudo en cuanto a mi madurez literaria, mi cara salió en la portada del suplemento cultural, se hizo una película, en el jurado estaban Bioy Casares, Cabrera Infante y Roa Bastos... Me superó. Necesité recuperar un poco de silencio. No pude seguir en esa ola de lo que se esperaba de mí. Me replegué para crecer a mi propia velocidad. El proceso para mi siguiente novela, *El año de desierto*, fue lento. Me muevo en distintos géneros –poesía, cuentos y novela–, y cuando me siento atrapado me voy hacia otro. Me refugié en los cuentos y la poesía.

Lo hizo en internet y con pseudónimos. ¿Por qué?

A partir de 2005 se descubrió la escritura *online*. Percibí que en los blogs la escritura se relajaba, se volvía menos pretenciosa. La gente contaba las cosas en un lenguaje más cercano al habla, y eso le daba mucha vitalidad a la escritura. Durante diez usé pseudónimos en mi blog, *El señor de abajo*. A veces escribía como una mujer a la que llamé Adriana Battu. Nadie sabía que era yo, parecía una coautora de mi blog. Era interesante hacer un ejercicio de probar voces, distintas escrituras y, sobre todo, acercarla más al habla. Creo que eso está en el tono de *La uruguaya*.

¿Qué toma de la poesía a la hora de escribir prosa?

Con la firma de Ramón Paz escribí unos sonetos porno, que los llamé «pornosonetos». La poesía es la fuerza más esencial de la escritura. Es una he-

rramienta que a veces uso en la narrativa. En *La uruguaya* hay dos momentos líricos. Uno, cuando el protagonista está con muchos celos porque cree que la mujer lo engaña con un médico y hace una diatriba en contra de los médicos. El lenguaje explota. Hay un uso poético de la palabra, una escritura recursiva obsesiva.

Después hay otro momento donde él baja a un sótano, drogado y borracho, y siente una especie de remolino universal en su cabeza. Hay también un uso lírico del lenguaje. La presencia de la poesía en la narrativa me in-

teresa cuando está justificada: cuando se distorsiona lo racional y el lenguaje empieza a cobrar una textura más densa. La narrativa ya no es tan informativa, sino que se vuelve más plástica.

¿Y de la escritura periodística qué ha aprendido?

Esos textos a pedido te sacan de tu zona de confort y te llevan hacia temas que no hubieras encarado solo. Después está el ejercicio de escribir con una limitación de caracteres. Esas imposiciones externas son un gran ejercicio de escritura. Te sacan del yo, que a los escritores les viene muy bien que les saquen un poco de su ego. El periodismo te ayuda a narrar de manera visual, evitando cosas demasiado pomposas y líricas. Ese sería el tono que contrasta con mi parte lírica. El autor desaparece y despliega los hechos como si fuera una película delante de los ojos del lector, sin estar de intermediario en el lenguaje. En las notas que escribía para el diario *Perfil* hacía microensayos sobre temas de actualidad en un tono de antihéroe. En *La uruguaya* hay también un poco de eso, microensayos sobre la paternidad o el dinero.

¿Es «La uruguaya» una novela sobre la crisis de los 40?

Creo que sí, pero involuntariamente. No pensé el libro temáticamente, sino individualmente. Y entonces profundizo en los conflictos de un hombre de 44 años, casado, en un matrimonio medio resquebrajado, con deseo de aventura, insatisfecho con su trabajo.

También trata el tema del desamor y del deseo.

El deseo es lo que mueve el libro. Un deseo que es casi un amor inventado. La frustración de él y la lejanía con esa

mujer lo exacerba de lo que quizá era en realidad.

Y hay escenas de sexo. ¿Son tan difíciles de contar como dicen muchos escritores?

La descripción física de dos personas en la cama está muy mostrada, lo hace la pornografía. Lo interesante es ir más allá: a la parte emocional, la parte social de los dos personajes, el bagaje, las inseguridades, el contraste entre la expectativa y el desempeño real.



Imágenes en ideas
«En mi escritura hay como una reproducción de lo vital, corporizar ideas abstractas en cosas concretas»

¿Convertir imágenes en ideas, como dice en «Maniobras de evasión»?

Trato de escribir con los cinco sentidos: que el lector

sienta que está viviendo la historia a través de imágenes y sensaciones táctiles, olfativas, gustativas, auditivas... Hay como una reproducción de lo vital en mi escritura y trato de corporizar las ideas abstractas en cosas más concretas.

En el libro usa un lenguaje muy coloquial. ¿Es por la propia estructura del texto o lo hace por convicción?

Son las dos cosas. El tono del libro permitía esa segunda persona de cercanía. De alguna manera, Lucas Pereyra le está hablando a su mujer, aunque no se sabe si lo está escribiendo o es una confesión que está pensando. Nunca lo haría con un lenguaje solemne. Pero eso no quita que haya momentos de lirismo y otros donde el lenguaje es muy preciso. El truco del tono es que parece muy coloquial, pero no lo es.

¿Por qué Uruguay como lugar central del libro?

Uruguay funciona en la mentalidad de la gente de Buenos Aires como un universo paralelo donde las cosas son similares, pero no lo son. Eso es muy literario. Produce un extrañamiento donde uno cree reconocer algo, pero en realidad no es igual. Como cuando de chico le agarrabas la mano a tu mamá, mirabas hacia arriba y era otra mamá.

¿La historia de Pereyra es una desmitificación de Uruguay?

Sabía que cuanto más idealizada estuviera la ciudad de Montevideo, más efectivo sería el choque con la Montevideo real. Igual que con la chica, que está muy idealizada. Y se topa con la chica real. Eso literariamente siempre funciona, genera empatía. La diferencia entre la expectativa y lo que termina pasando siempre es interesante.